



TORINO 2024
13° raduno
internazionale



CONFERENCIA 20/07/2024



**DICASTERIUM
PRO LAICIS, FAMILIA ET VITA**

VAMOS CON EL CORAZÓN ARDIENTE

Gabriella Gambino

Queridos hermanos,

con profunda alegría me dirijo a vosotros después de estos cuatro días de reflexión, de escucha, de diálogo en el Espíritu. Habéis tenido una experiencia interior transformadora de vuestros corazones. Os habéis dejado moldear por las sabias manos del Señor. Habéis recorrido el camino de Emaús, no individualmente, sino como esposos, cogidos de la mano, habéis acogido a Jesús, que caminaba entre vosotros, en medio de vuestra pareja. Os dejasteis conducir y sentisteis arder vuestros corazones. Habéis reconocido a Cristo en la mesa eucarística y ahora os sentís rebosantes de alegría, con una fe renovada, fruto de la comunión que habéis experimentado durante estos días. Os habéis convertido en mendigos, habéis cogido todo lo que podáis coger, habéis recogido pan y migajas para llenar vuestros corazones de Jesús, para alimentar el amor de vuestra pareja y ser fecundos juntos.

Id, pues, desde hoy con el corazón ardiente. Id y entregad los dones que habéis recibido, movidos en vuestro corazón por el ardor, el calor y la fuerza profunda que proviene de vuestro encuentro personal y de pareja con Cristo Jesús.

Id, pues, desde hoy con el corazón ardiente. Id y entregad los dones que habéis recibido, movidos en vuestro corazón por el ardor, el calor y la fuerza profunda que proviene de vuestro encuentro personal y de pareja con Cristo Jesús.

Recordad que el ardor (ardor-oris) es un impulso, pero también es una sed que sentís en la boca y que sólo puede saciarse alimentándose continuamente del Cuerpo de Cristo y de su Sangre. Es una sed que debes saciar cada día, volviendo a la Eucaristía, fuente y vértice de nuestra vida cristiana.

Por eso, partiendo de aquí, de la belleza de este ardor, quisiera reflexionar con vosotros sobre dos puntos, para comprender juntos cómo mantenerlo vivo en los próximos años y no apagar la llama que se ha encendido en vuestros corazones.

Primer punto: el ardor cristiano de nuestro corazón crece y se realimenta cada vez que participamos en la Fracción del Pan.

El ardor no permanece vivo por la fuerza de la voluntad, ni por el esfuerzo del razonamiento, ni por la memoria. El corazón arde cuando *Cristo dialoga con nosotros en la intimidad*. Y el lugar de este



diálogo es la Eucaristía: allí lo reconocemos y lo encontramos continuamente. Como fieles bautizados individualmente y como esposos.

En estos días habéis meditado sobre el misterio de la Eucaristía: hace de los fieles un solo cuerpo. El padre jesuita Enrique de Lubac decía "la Eucaristía hace la Iglesia" ("Eucharistia facit ecclesiam"); "es el acontecimiento que sostiene a la Iglesia para que llegue a ser ella misma". en ser cada vez más Iglesia. Esto es aún más cierto para los esposos y la familia cristiana, que en el n. 11, Lumen Gentium define como "Iglesia doméstica". lo que San Agustín y San Juan Crisóstomo llamaron también la minúscula ecclesia, en la que las relaciones familiares encierran el dinamismo de la vida eclesial más amplia.

Para comprender la profunda conexión entre nuestro ser familias cristianas y la Eucaristía, alimento indispensable para que nuestro corazón siga ardiendo, detengámonos un momento en el significado de la Iglesia doméstica. El Catecismo afirma que es la "revelación y realización específica de la comunión eclesial". imagen y participación del amor entre Cristo y la Iglesia. Como tal, es capaz de manifestar la presencia de Cristo en el mundo - es signo de su presencia - y la naturaleza genuina de la Iglesia", precisa Gaudium et Spes 48 : es signo eficaz de lo que es la gran Iglesia, en virtud del amor entre el hombre y la mujer tomado como sacramento (Jn 13, 35). Cada una de vuestras familias es una comunidad con la misión de llegar a ser cada vez más lo que es: una íntima comunión de personas capaz de convertirse en comunión fraterna en la Iglesia . Es decir, un modelo de comunión y de relación para toda la Iglesia: un lugar en el que se transmite el Evangelio y desde el que se irradia el Evangelio. Concretamente, el amor que los esposos viven entre sí configura su modo de relacionarse dentro y fuera de la familia. La sacramentalidad de su relación es sacramentalidad de toda su existencia conyugal. Y se convierte en una sacramentalidad ministerial del amor: vuestra vida está marcada por la vocación de servirlos amándose y de amarlos sirviéndolos. Y esto se expande a vuestro alrededor.

El acontecimiento que hace posible este devenir de la propia Iglesia doméstica es precisamente la Eucaristía: como para la magna ecclesia, el Cuerpo de Cristo es fuente y culmen de su plenitud. A través de la Eucaristía, la pareja recupera la conciencia de su vocación eclesial y recibe la gracia, alimentándola cada vez, para ser Iglesia doméstica. Jesús llama a la puerta de vuestras familias para compartir con vosotros la Cena Eucarística. Él desea estar en el corazón de vuestra pequeña Iglesia doméstica. La alianza que el Señor ha establecido con vosotros, la ha expresado en forma nupcial: el día de vuestra boda experimentasteis un auténtico Pentecostés, una efusión del Espíritu Santo que permanece, pero el amor necesita ser continuamente renovado y salvado.

Como dijo San Juan Pablo II a vuestro movimiento en 1982: "La asistencia a la Eucaristía permite a los esposos hacer de sus pruebas un camino de comunión, [...]" para reavivar cada vez la alegría: "*El matrimonio cristiano es una Pascua.*".

En el matrimonio y en la Eucaristía se revive y celebra la alianza entre Jesús y su pequeña esposa, la Iglesia doméstica: con la Eucaristía, el amor de los esposos es habitado por Cristo, que se hace presente en y entre los cónyuges, y a través de ellos se extiende a los hijos, y luego a toda la familia. Lo extraordinario se convierte en lo ordinario. Él señala el camino y lo hace posible con su Gracia. El amor se transfigura, es decir, se transforma en su apariencia y en su expresión. Adquiere una forma nueva, impregnada de su amor por el Espíritu. Los esposos se convierten así en domus Domini, casa de Cristo que habita con ellos, llama y espera que abran su corazón, para sostenerlos con el ardor de su amor.



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



La referencia al corazón no es casual: del mismo modo que la pupila del ojo es el punto de contacto entre los dos mundos -exterior e interior del cuerpo-, existe en el hombre un lugar misterioso a través del cual Dios entra en la vida del hombre y la transforma. Este lugar es el corazón, que no es una facultad, como el intelecto o la voluntad, sino la integridad de la persona, la cooperación de todas las facultades, la disposición de todo el ser del individuo. Desde el corazón, podemos amar a Dios con todas las fuerzas, con toda el alma, con todo nuestro ser. Zélie Martin, la madre de Santa Teresa del Niño Jesús, escribió que en la Eucaristía se sentía unida a Cristo como un "sarmiento a la vid". Esto la hizo siempre fecunda hacia su familia y a los demás, libre de tristeza incluso en los momentos más difíciles de sufrimiento y enfermedad. Luis, su marido, permanecía arrodillado durante horas cuando recibía la Eucaristía, y Teresa se quedaba embelesada con esta imagen de su padre, llegando a decir que, según ella, los ángeles nos envidian la felicidad de alimentarnos con la Eucaristía.

"Nada sorprendente, pues, si el sacramento del matrimonio embarca a los esposos en un camino en el que encontrarán la cruz. Cruces dentro de la pareja, [...] debidas al egoísmo de cada uno, al rechazo, a la debilidad, a las decepciones que piden perdón, a las rupturas." Cristo puede salvarnos. Él nos sostiene, en la Eucaristía hace resplandecer nuestra vocación a la unidad, no a la fragmentación y a la soledad.

Esto es lo que debéis sugerir a las familias en crisis que acompañáis. Este es el fundamento de la pastoral del vínculo del que habla el Papa Francisco en *Amoris laetitia*. En Cristo nuestra vida puede volver a ser fuente de luz, incluso en la oscuridad del cansancio y del dolor. "La Eucaristía", nos dice el Papa Francisco, "[...] es la fuerza para los débiles, para los pecadores. Es el perdón, es el viático que nos ayuda a dar pasos, a caminar.". El pan es para los hambrientos, no para los saciados. Es lo que nos hace conductores, siempre en camino. Sabemos por experiencia cómo el matrimonio sin Cristo es un hecho humano que roza lo imposible: nuestro frágil amor humano tiene poca resistencia en las dificultades de una vida a dos. Pero Jesús "sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio" y *se queda con ellos*. El Espíritu Santo transforma desde dentro a la pareja y se convierte en una presencia viva en lo cotidiano.

Es una alianza permanente entre Dios y los esposos, expresión de esa fidelidad que nos recuerda el *anillo de matrimonio*, en el que resuena no sólo nuestro frágil amor mutuo, sino la extraordinaria fidelidad de Dios hacia nosotros. El anillo no es un símbolo vacío, es decir, una realidad visible de lo invisible, de la virtud, del poder y la fuerza reales (la gracia) que la presencia de Cristo entre los novios les da cada día, que los mantiene unidos en sus destinos. Como enseña san Pablo, "no tenemos puesta la mirada en las cosas visibles, sino "res" en las invisibles" (2 Co 4, 18), las cuales, prosigue san Ambrosio, pueden contemplarse, no entenderse con la razón. Los misterios no se comprenden con los ojos de la carne y del cerebro, sino con los ojos internos del corazón: por eso san Ambrosio sugiere que, para comprender los sacramentos, incluido el matrimonio, no hay que abrir los ojos, sino cerrarlos.

Por eso, en la Eucaristía Cristo viene a salvarnos siempre. Entra en nuestras historias y las reconduce al Padre. Así, gradualmente, todo se aclara, nuestra mirada se eleva al Cielo y encontramos a los que amamos en nuestro deseo de perdón.

El sentido de la vida familiar se deduce, por tanto, de la Eucaristía, en la medida en que somos capaces de hacer crecer la presencia de Cristo en nuestra vida cotidiana. El supuesto de nuestra vida cristiana, como esposos y familias, es cristocéntrico: es Cristo quien nos define y no nosotros a Cristo. Es Él quien da sentido sacramental a nuestra vida y no las situaciones concretas de nuestra vida las que determinan el sentido de la gracia.

Por eso, la frecuente participación en la Eucaristía es esencial para los matrimonios: "moldea" nuestro amor desde dentro. Aprendemos a amar no sólo como Cristo amó, sino del mismo amor de Cristo, ya que su Espíritu nos es dado.

Al tomar la iniciativa de dejarse "comer" por nosotros, nos hace fructificar con Él. Así, nuestro corazón sigue ardiendo y nuestra acción en la familia y en la Iglesia más amplia se convierte en un vivir *por Cristo, con Cristo y en Cristo*. Dirigir la mirada y el corazón al único alimento, Cristo, del que debe alimentarse la Iglesia, es necesario para saber cómo alimentar a su pueblo. Para saber ir en misión!

Por eso la Eucaristía debe ser celebrada, pero también adorada. La palabra adorar viene del latín *ad-orare*, rezar, dirigirse a alguien. Pero adorar viene de *os-oris*, boca. Adorar significa, pues, estar ante el Señor en silencio, escuchar de su boca. Adorar no es, por tanto, orar hablando, sino escuchando, poniéndonos ante Dios para escuchar su Palabra, para *entrar en el Padre* y llegar a "descansar en la ternura de sus brazos". Como explica el Papa Francisco en *Evangelii gaudium*, la ternura de Dios por nosotros es el deseo de que nos cuidemos los unos a los otros, es la *alegría* de Dios al dialogar con nosotros, *la alegría de su corazón* cuando nos convertimos en "levadura" de su amor....

En la biografía del Santo Cura de Ars, se cuenta la historia de un campesino, que no sabía leer ni escribir, que todos los días, a la misma hora, entraba en la iglesia, se sentaba en el último banco y miraba fijamente el Sagrario. San Juan María Vianney, intrigado, se le acercó un día y le preguntó qué hacía, cada día, en ese mismo lugar, a la misma hora. El campesino respondió: "Nada, señor párroco... Yo le miro a Él y Él me mira a mí". Y volvió a mirar el Sagrario. Y Santa Teresa de Ávila escribió: "Mirad que Cristo sólo quiere que fijemos en Él nuestra mirada".

Para comprender este misterio de Dios que nos espera anhelando nuestro amor, una antigua historia judía cuenta que un rabino tenía un nieto. Un día, jugando al escondite con otro niño, éste se escondió, pero el otro se negó a buscarlo y se marchó. El niño, con los ojos llenos de lágrimas, corrió a ver a su abuelo, que también se entristeció y exclamó: "Dios dice lo mismo: me escondo, pero nadie viene a buscarme". Dios es el Eterno, que en hebreo viene de *alam*, que significa esconderse.

El objetivo de la evangelización es, por tanto, fomentar las condiciones que puedan despertar el deseo de Dios en la vida de las personas. Fomentar la adhesión del corazón al Padre en las personas que nos han sido confiadas. Es el principio de "cor ad cor loquitur": suscitar el deseo de estar corazón a corazón con Dios. Es un camino que se puede proponer a toda pareja cristiana.

Aquí llegamos, pues, al segundo punto: la misión consiste en hacer el mundo permeable a Dios y a su Gracia. Podemos cumplir esta misión si mantenemos ardiente nuestro corazón. Pero esto sucede si, ante todo, permanecemos permeables al amor del Padre.

Hay una imagen muy bella que plasma esta idea, la del carbón y el diamante: dos realidades químicamente idénticas, pero tan diferentes por su estructura molecular: una asfixia la luz, la otra la refleja. Somos como el carbón cuando aportamos a los demás nosotros mismos, nuestras ideas, nuestros planes, nuestros razonamientos. Cuando generamos divisiones, alimentamos conflictos o dejamos que se estanquen. Pero podemos ser como diamantes si nos vaciamos para reflejar el deseo de Jesús de transformar nuestras vidas para darles plenitud.

Para hacer cristiano el mundo secularizado en el que vivimos, no basta con predicar a Cristo, hay que ser cristianos en la vida. Testigos concretos de la alegría del Espíritu recibido. Alexander Schmemmann



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



escribe al respecto: "El hombre moderno es un adulto mortalmente serio, consciente de su propio sufrimiento [...] pero no de la alegría; consciente del sexo, pero no del amor; consciente de la ciencia, pero no del 'misterio'. Porque sabe que no hay "cielo", no puede entender la oración del Padre Nuestro". El laicismo es una tragedia, una mentira sobre el mundo.

El cristiano, en cambio, es el que sabe que Cristo ya ha "llenado de Sí todas las cosas", el que descubre a Cristo en todas partes y se alegra, y esta alegría transforma sus planes, sus decisiones, sus acciones, poniéndolas en Sus manos. Y así vuelve siempre a Él. La *liturgia eucarística* hace así posible la *liturgia de la misión*. La Eucaristía es la entrada de la Iglesia en la alegría de Dios. Y ésta se comparte ayudando a otras familias a reconocer la presencia de Dios en sus vidas. Acompañándolas, para que aprendan el *arte del discernimiento*, que no es sólo para expertos, para agentes de pastoral familiar, sino una forma de vida, un *estilo de vida cristiano*. Toda familia necesita aprender a vivir en discernimiento, en las pequeñas y grandes decisiones, esa actitud interior -la definió el Papa Francisco- enraizada en un continuo acto de fe. Es el arte de "elegir separando". "Se basa en la convicción de que Dios actúa en la historia del mundo, en los acontecimientos de la vida, en las personas que encuentro...". Esta convicción nos pide aprender a pensar la realidad no según nosotros, sino según Dios.

El discernimiento no concierne sólo a los que están en dificultad, sino que es un modo de vida personal y, sólo entonces, eclesial, por lo que la Iglesia es un Cuerpo en el que cada uno de nosotros es miembro de este Cuerpo, donde contamos y marcamos la diferencia. En este sentido, creo que es importante volver a partir de la proclamación de la belleza de nuestro ser cristianos, de saber que pertenecemos a Cristo y que debemos "tomar la decisión de dejarnos encontrar por Él".

La misión, pues, es crear las condiciones para que cada uno se presente ante Él con el corazón abierto, permitiéndole que Él también nos contemple! Haciéndonos transparentes para Él. Así se activan los *caminos de conversión*. Así los que sufren ven con la mirada de Dios, que no anula el sufrimiento, sino que transforma su sentido. Qué hermoso es reconocer la mirada de amor que Natanael descubrió en el día en que Jesús se presentó y le dijo: "Te vi cuando estabas debajo de la higuera" (Jn 1,48). ¡Qué dulce es estar ante un crucificado, [...] y simplemente estar ante sus ojos! Qué bien nos hace dejar que Él vuelva y toque nuestra existencia".

Ayudemos a otras familias a descubrir este don. No lo guardéis para vosotros, llevadlo a vuestras parroquias, a vuestras comunidades. Hacedos *corazones que sirvan*. Vuestro carisma exalta el matrimonio como sacramento en misión. Ejercedlo, pues, con alegría y compartidlo. Que no sea para vosotros un privilegio, sino una *tarea* dar testimonio de la belleza del matrimonio en un tiempo en el que los jóvenes ya no se casan. Como nos exhorta la *Evangelii gaudium*, debemos acompañar a la humanidad en los procesos, acompañar a las personas en esa revolución interior que *sólo Dios puede realizar*.

El hambre de las familias de hoy es realmente hambre espiritual de Cristo, necesidad de confianza, de consuelo, de poder sentirse amadas y acogidas con sus defectos y fragilidades. Y los deseos, sobre todo aquellos incontrolados, los que hoy crean formas devastadoras de dependencia de las cosas del mundo, son en realidad un deseo de Dios, de esa saciedad que sólo puede dar el sentirse amado por Dios. Vuestra misión debe ser acompañar y acoger a las personas, sin permitir que permanezca esa peligrosa oposición entre sus necesidades concretas, que tratamos de remediar, y lo trascendente, es decir, Cristo, que todo lo renueva y lo cambia. Aliviar las necesidades humanas sin transmitir la gracia del Espíritu es sólo filantropía.



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



En la pastoral, pues, formar a las familias - lo que sabemos que es una urgencia - debe de traducirse en acompañarlas para formar las mentes, las conciencias, los corazones y los comportamientos de los esposos y de sus hijos a un *estilo de vida verdaderamente cristiano, hay que familiarizarlos con Jesús*. Educar a las familias en la conciencia de que son *iglesias*, significa formarlas para ese discernimiento cristiano del que las familias de hoy están sedientas, especialmente en relación con la necesidad de seguir alimentando su relación conyugal y la educación de sus hijos.

El matrimonio es un sacramento para la misión. Como bautizados y casados, estamos llamados a vivir como *profetas, reyes y sacerdotes* a la vez que esposos. En otras palabras, hemos recibido un *ministerio esponsal* que nos hace corresponsables del *kerygma*. Un *ministerio de vida familiar*, que es una tarea que tenemos las familias para ayudar a otras familias a convertirse en ministerios, en iglesias domésticas. Pero la misión del anuncio no se realiza por sí misma. Es *necesario desear transmitir el gran don recibido*, desear ser testigos de la belleza del amor celebrado, porque en el matrimonio se refleja el amor de Cristo a su Iglesia.

Se necesita la pasión de un amante para cumplir la misión, dice el Papa en *Evangelii gaudium*: ¿quién, pues, si no un nosotros conyugal puede ser eficaz para llevar a Cristo al mundo?

Todas las familias tienen una misión, pero en la mayoría de los casos no la conocen. Para cumplirla, deben tomar conciencia de ella, y la toma de conciencia se consigue convirtiéndose en familias fuertes. Las nuevas generaciones de esposos deben tomar conciencia de que son ministerios vivos, necesarios para edificar la Iglesia. Formar familias sólidas, capaces de acudir a la Gracia recibida, es indispensable para ayudar a la Iglesia a formar un sacerdocio laical fuerte, consciente de su dignidad y corresponsabilidad eclesial.

Levantémonos, pues, y vayamos, con esa alegría y esa paz que son fruto de la fe. Dios no nos carga con cargas que no podemos llevar. Mientras pregunta, ofrece la ayuda necesaria. Como escribe San Agustín, cuando Dios te pide más, te exhorta a hacer todo lo que puedas, a pedir lo que no puedes, y te ayuda para que puedas.

Vayamos, pues, confiando en Cristo, Él nos acompañará en el camino. Vayamos, actuando como si todo dependiera de nosotros, pero sabiendo que todo depende de Él.

Invitad a Jesús a las barcas de vuestras vidas, a vuestros proyectos pastorales, a vuestras reflexiones con las familias. Dejad que la llama de vuestro corazón encienda a los que os rodean. Que sólo haya un deseo en vuestros corazones: hacer que el mundo sea permeable a la Gracia, que vosotros y vuestro matrimonio seáis ante todo siempre permeables a la Gracia, pero -como decía San Ignacio de Loyola - siempre en un sentimiento de comunión con la Iglesia, para que en vuestras comunidades, mirando en la misma dirección que la comunidad eclesial más amplia, actuéis con espíritu de corresponsabilidad y de servicio entre las familias y en las parroquias.

Hoy más que nunca necesitamos respirar comunión y verla en acción. Con vistas a la Segunda Sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, se nos ha planteado a todos una pregunta clara: "¿Cómo ser una Iglesia sinodal en misión?" ¿Cómo vivir concretamente la comunión, respetando la unidad y la diversidad, para la plena participación de cada uno en la misión?

Tenemos necesidad de comunidades cristianas que, teniendo en el centro de su corazón el Pan partido de Cristo, expresen la comunión en los gestos de acogida, de participación y en el estilo de servicio: humilde, capaz de escuchar y de ternura. Sólo las Iglesias domésticas que viven la comunión en su interior podrán ser sujetos de una evangelización eficaz.

¡Id, pues, con corazón ardiente y buena misión!



TORINO 2024

13° raduno
internazionale

